

## Recordando a María Rostworowski de Diez Canseco. La etnohistoriadora más galardonada del Perú

**Scarlett O'Phelan Godoy**

Pontificia Universidad Católica del Perú

Lima, Perú

scarlettrebaca@gmail.com

 [0000-0002-7177-4471](https://orcid.org/0000-0002-7177-4471)

**Recibido:** 27 de abril de 2026

**Aceptado:** 10 de mayo de 2026

### Nota de investigación.

**Cómo citar:** O'Phelan Godoy, S. (2026). Recordando a María Rostworowski de Diez Canseco. La etnohistoriadora más galardonada del Perú. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 30(1), pp. 504-510. DOI: <https://doi.org/10.35588/qcb4c754>

La primera vez que vi a María Rostworowski fue en 1970, en el seminario de Arqueología que dirigía la Dra. Josefina Ramos de Cox, en el Instituto Riva Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú. María y la Dra. Cox eran cercanas, pues salían juntas a hacer trabajo de campo. María conducía el auto y la Dra. Cox iba guiando con mapa en mano. Ya para ese momento María había destacado la importancia de las salidas al campo para verificar los lugares que aparecían mencionados en la documentación colonial. Ella había notado que algunos colegas que no cotejaban los nombres in situ con los mapas, habían equivocado la ubicación de los poblados foco de su estudio.

Años más tarde, entre 1974 y 1976, cuando preparaba mi tesis de bachillerato sobre las revueltas sociales en el norte del virreinato del Perú, debí recurrir a algunas publicaciones pioneras de María, como su célebre estudio, *Caciques y Sucesiones, Costa Norte* (1961). Ahí encontré información relevante sobre los linajes cacicales de los Farrochumbi, Temoche, Llontop, entre otros indios nobles del



norte que ella conocía tan bien y que gracias a su obra pude poner en contexto. Para ese momento María ya había publicado extensamente sobre diversos temas. Su temprano trabajo sobre *Pachacutec Inca Yupanqui*, de 1953, va ahora por la tercera reimpresión y es considerada la primera biografía documentada de un inca imperial, dándole el reconocimiento que le correspondía. Luego vinieron sus estudios puntuales sobre temas novedosos, originales, como Pesas y medidas en el Perú prehispánico (1960) y Sucesiones, correinato e incesto real entre los Incas, con un enfoque polémico pero necesario sobre la endogamia en las panacas reales.

A partir de 1970 María comenzaría su investigación sobre los valles costeros, trabajando primero el valle de Chíncha en la época prehispánica (1970), luego las etnias del valle del Chillón (1972), en 1978 publicó Señoríos indígenas de Lima y Canta que, en su propia opinión, fue una de sus obras más significativas por la amplia investigación y documentación en la que se sustentó. Su interés se centró, de esta manera, en la población indígena de la franja costera.

Precisamente, en 1978 tuve la suerte de coincidir con ella, durante casi tres meses, en el Archivo General de Indias. Fue una grata e inesperada sorpresa encontrarla en Sevilla. Ella había ganado una beca de la prestigiosa John Simon Guggenheim Memorial Foundation de New York para investigar en España y a mí la Universidad de Londres me estaba financiando una estancia en Sevilla con el fin de revisar documentación para mi tesis de doctorado. Ver el entusiasmo de María cuando hacía algún hallazgo importante era tan estimulante como contagioso, y ser testigo de su seriedad y rigurosidad en la investigación eran cualidades dignas de imitar. Para mí la experiencia de observar su dedicación y sobre todo su placer de investigar, fue invaluable. Por esos días recuerdo que María celebró su cumpleaños, el 8 de agosto, en Sevilla, y la homenajeamos brindando con champagne francés que consiguió Olinda Celestino, quien trabajaba en el CNRS y en ese momento también investigaba en el Archivo General de Indias. La amistad que se forjó entre las tres en Sevilla fue irreversible. María sintió muchísimo la partida de Olinda, como yo he sentido la pérdida de ambas.

De Sevilla María pasó a Londres y ahí volvimos a coincidir. Nos encontrábamos diariamente en el Museo Británico, en la Sala de

Manuscritos. Durante dicha investigación -que duró dos semanas- María logró ubicar el remanente de la tasa ordenada por Pedro de la Gasca en 1549. Estaba absolutamente eufórica con el hallazgo porque, además, como me confesó, nadie había pedido el documento antes, pues no estaba microfilmado. Su satisfacción fue tan grande que nos invitó a cenar a mi esposo y a mí, para festejarlo con brindis de por medio. Y es en esa oportunidad que me dijo que le resultaba inaceptable que se atribuyeran los logros académicos a la buena suerte, pues eran más bien el resultado de dedicación, esfuerzo y quizá experiencia e intuición, pero no de suerte. A su entender, hablar de suerte era quitarle mérito al investigador(a). Publicó posteriormente los esperados resultados de la tasa de La Gasca entre 1983-1984.

Fue también durante su estancia de investigación en Londres que visitamos el jardín botánico de Kew Gardens. Ahí descubrí otro tema que apasionaba a María: la botánica. Identificaba fácilmente plantas y árboles y conocía sus nombres científicos, lo cual no dejó de asombrarme. Luego María me confesó que siempre le había atraído el estudio de la flora y que había realizado lecturas al respecto. Además, fue una excursión que sirvió de paréntesis del trabajo de archivo y resultó gratificante, pues Kew Garden es un espacio admirable.

En 1985, ya de regreso en Lima, continué viendo a María con cierta frecuencia. Creo que fue en esos años que le pregunté porque sus publicaciones cubrían sobre todo la costa y principalmente el centro y el norte del Perú, porque no investigaba el sur andino, el Cuzco, el corazón del imperio de los Incas. Me respondió que ese era territorio de Murra. Pero, como le repliqué, sin el sur andino no se podía tener una mirada integral ni del Tahuantinsuyo, ni del virreinato peruano. En 1988 publicó su famosa *Historia del Tahuantinsuyo*, que tiene varias ediciones y ha sido traducida en varios idiomas. En este libro, que sería el más difundido y elogiado de su vasta producción, María se aproxima al apogeo del estado Inca para luego pasar a estudiar lo que ella denomina las conquistas, no la conquista, y se detiene en casos que conoce bien: el reino de Chíncha y la resistencia de los Chimú. Estudia también la composición social del Tahuantinsuyo y los modelos económicos que se manejaban. Ya previamente, en 1986, había publicado su estudio pionero sobre la mujer en la época prehispánica, un tema que le interesó mucho antes de que se

intensificaran los estudios de género. Y es que María no seguía modas historiográficas, su línea de trabajo era otra, su trabajo siempre era original. Si le interesaba un tema lo trabajaba a fondo, sin seguir necesariamente las corrientes del momento. Algo que siempre aprecié en ella. Incluso, María siguió trabajado siempre en su máquina de escribir, pasó por alto la llegada de las computadoras y, hay que reconocer que, a pesar de ello, escribió bastante, publicó mucho.

Otro libro de María que debí consultar cuando más adelante preparaba mi ensayo sobre los Mestizos Reales en el virreinato del Perú, fue su célebre *Francisca Pizarro. Una ilustre mestiza* (1989), personaje -hija de conquistador y de ñusta- a quien la Corona estratégicamente trasladó y obligó a permanecer en España por razones políticas. Años más tarde este libro le trajo un serio disgusto, nada menos que con Álvaro Vargas Llosa, quien publicó la novela *La Mestiza de Pizarro*, basada extensamente en el trabajo de investigación realizado por María al preparar su libro sobre la hija natural de Francisco Pizarro. Está claro que sin el libro de María Rostworowski, Álvaro Vargas Llosa no habría podido escribir su novela, pero los créditos no eran ni claros ni suficientes, en opinión de María. El hijo del premio nobel intentó disculparse, en sus propias palabras, “hasta de rodillas”, pero María permaneció inmutable.

En 1996 ingresé a la Academia Nacional de la Historia del Perú y tuve el privilegio de ser junto con María, por varios años, las únicas mujeres que la integraron. Ella había ingresado en 1979, un año después de que nos encontráramos en Sevilla. Cuando yo entré María era vice-presidenta de la Academia, formando parte de la directiva. Coincidimos en eventos especiales, como cuando se celebró el Centenario de la Academia, el 2005, conmemoración en la que ella brilló, como siempre. Esa fue, a mi entender, la época de oro de la Academia, que para ese entonces contaba con la presencia de los doctores Lohmann Villena, de la Puente Candamo, Denegri Luna, del Busto Duthurburu, Silva Santisteban, Maticorena Estrada, entre otros. Dentro de ellos, las sugerencias y opiniones de María eran atendidas. María era muy respetada.

En 1991 María publicó *Pachacamac y el Señor de los Milagros*, donde conectaba el Señorío de Pachacamac con la ermita del Cristo de Pachacamilla, reflexionando sobre el sincretismo religioso, un

ejercicio que solo había esbozado con antelación. Un año después, en 1993, saldría a la luz su colección de Ensayos de Historia Andina: Elites, Etnías, Recursos. En este libro agrupaba una serie de sus trabajos publicados previamente donde tocaba desde la ascendencia de Pumacahua, hasta la tenencia de tierra en la época de Manco II, los recursos que ofrecían la pesca y el mar, pasando por la tasa toledana de Capachica de 1575 y la visita a Acarí de 1593. Su interés por las visitas de la segunda mitad del siglo XVI quedaría reflejado en la publicación que realizó en 1992 junto con Pilar Remy, titulada, Las Visitas de Cajamarca, 1571-1572. El año 1998 marcaría la publicación de su Historia del Tahuantinsuyo en inglés, con el título de *History of the Inca Realm*, por la Cambridge University Press, con lo cual la difusión de su obra se amplió ostensiblemente. Sería invitada a compartir sus conocimientos en charlas y conferencias alrededor del mundo, desde Japón, hasta Polonia, Australia, Nueva Zelanda, pasando por la isla de Pascua.

El Perú le tributó un reconocimiento a su trayectoria académica al otorgarle en 1990 las Palmas Magisteriales en grado de Amauta, en 1994 la Medalla de Lima, en 2001 la Orden del Sol en grado de Comendador y Gran Cruz y también, ese mismo año, el Premio Southern Peru, en 2005 recibió la Medalla José Antonio Encinas de la Derrama Magisterial. En su departamento de Miraflores su nieta le organizó una vitrina para las numerosas medallas y condecoraciones que recibió durante su notable carrera académica.

Lo que sí, María no era inclinada a la docencia, aunque se le reclamaba que dictara cursos para formar discípulos. Pero ella sonreía, se negaba a hacerlo, y decía que no era lo suyo. Alguna vez dictó un seminario, lo cual sirvió para que confirmara su decisión de mantenerse apartada de la docencia. Su trabajo era más bien en solitario, aunque disfrutaba enormemente de luego comentar y compartir sus hallazgos y resultados. Era generosa.

Mi hija Lucía, a quien María conocía desde niña, tuvo oportunidad de entrevistarla para una asignación escolar. A partir de la entrevista nos enteramos qué el padre polaco de María, Jan Jacck, pertenecía a la nobleza -ella llevaba siempre un anillo con el escudo de la familia que se podía usar como sello- su madre era puneña, Rita Ana Tovar, hija de un senador de la República. Pero a María, sin duda, a pesar

de su raigambre europea, le atrajo más y captó su atención el Perú, su costa, y los Andes. Recordó en la entrevista a su hermana menor que falleció de niña y la dejó a ella en calidad de hija única. Trajo a la memoria también sus épocas escolares en internados de Bélgica e Inglaterra, gracias a los cuáles hablaba fluidamente el francés y el inglés. Tocó el tema de su primer matrimonio y de su única hija Krysia, y de su segundo matrimonio con Alejandro Diez Canseco, que además significó los inicios de su interés por la investigación histórica a la que entró de la mano de Raúl Porras Barrenechea y como alumna libre en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde también tuvo oportunidad de departir con el célebre arqueólogo Julio C. Tello y con el indigenista Luis Eduardo Valcárcel. María siempre decía que ella era autodidacta, aunque, es evidente que tenía una vasta cultura y una curiosidad intelectual como pocas.

Su viudez, en 1961, la llevará a una dedicación cada vez más profunda e intensa en torno a sus estudios de etnohistoria y esta será una manera de darle sentido a su vida en algo qué, además, le gustaba hacer y de lo que disfrutaba enormemente: la investigación. En 1964-68 hay un cambio radical en su vida cuando el presidente Fernando Belaunde la nombra Agregada Cultural del Perú en España: con ese puesto estará cerca de bibliotecas, archivos y el mundo académico español. Para ese momento ya había tomado cursos de paleografía para poder leer los manuscritos de los archivos españoles y peruanos, que le tocó consultar.

Cuando en 1978 le comenté que mi esposo y yo habíamos estado en Marruecos por un fin de semana, me hizo saber que ella, en sus tiempos de agregada cultural, se había ido en auto y sola, a recorrer Marruecos. La verdad que yo no me habría atrevido a hacer ese viaje sola, quizá por mi falta de manejo del francés o probablemente por tratarse de un país y una cultura tan distinta. María era, sin duda, una mujer de carácter y muy intrépida e independiente.

En 1964 María sería una de las intelectuales fundadoras del Instituto de Estudios Peruanos, junto con destacados académicos como José María Arguedas, Sebastián Salazar Bondy, Alberto Escobar, entre otros, bajo la dirección de José Matos Mar. Del IEP María fue investigadora principal y bajo dicho sello editorial publicó la mayoría de sus libros. Su presencia en el IEP sería relevante y hasta emblemática para dicha institución. Celebró en esa, su segunda

casa, sus 90 años de edad, entre bailes regionales y arpas andinas, un espectáculo muy emotivo y colorido, además de un agasajo concurridísimo. Me dijo que así también quería celebra los 100 años, pero esos deseos no se le cumplieron pues para el 2015 la salud ya no la acompañaba. Falleció el domingo 6 de marzo de 2016 y está enterrada, no en los Jardines de La Paz, como equivocadamente registra Wikipedia, sino en el Parque del Recuerdo, en Lurín, como me comentó su nieto mayor Alejo, el día del entierro. María reposa debajo de un frondoso árbol y cerca del mar de Pachacamac, como a ella le hubiera gustado. No en vano tuvo una casita de campo en Pachacamac, donde huía del mundanal ruido de Lima para descansar y meditar sobre sus investigaciones en curso, y donde le gustaba rodearse de sus amistades más cercanas.

En los últimos años de vida de María nos reuníamos por lo menos una vez cada dos meses, para tomar lonche en compañía de nuestra amiga común, la historiadora Ileana Vega de Cáceres. Solo teníamos que cruzar la Avenida Angamos, pues el departamento de María estaba a media cuadra de la Pastelería San Antonio, su favorita, y donde acostumbábamos a ir. La recogía luego que ella había realizado su diaria caminata de rutina. Y hay que destacar que le encantaba caminar, pero era poco afecta a practicar deportes, salvo la equitación que la atrajo desde niña.

En una de estas reuniones de café María me comentó que había encontrado algunos casos de pueblos andinos donde no funcionaba la división bipartita de Hanan y Urin, sino que había una división tripartita, pero que ya no tendría tiempo para investigar al respecto, aunque le resultaba un tema intrigante. Me miró a los ojos, pero ella sabía bien que mi investigación iba por otro lado. Ese creo que es, por lo tanto, un tema que queda por explorarse más a fondo pues María lo dejó solo enunciado.

María Rostworoski Tovar fue y es, sin duda, la mejor etnohistoriadora que, hasta la fecha, ha tenido el Perú, y siempre será recordada no solo por su amplia, diversa, erudita y continua producción, sino también por su pasión por la investigación y su gran generosidad e importante contribución a los estudios andinos y, con ello, a la construcción de la identidad nacional peruana. Gracias por todo ello, María, o Mariacha, cómo le decíamos cariñosamente con Olinda Celestino.